

Mónica

KRK EDICIONES • TRAS 3 LETRAS • 74

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

ANÓNIMO

Mónica

(Una aproximación literaria a la histeria)

© la autora

© de esta edición, Krk Ediciones

Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo

www.krkediciones.com

ISBN: 978-84-8367-816-9

D.L.: AS-338-2024

Grafinsa. Oviedo

Mónica

A mis padres

—La historieta titulada «Primer día de calefacción», que lee un personaje en el capítulo 1.º, apareció en un TBO de 1956 (año XL, segunda época, n.º 102) y está firmada por F. Tur.

—La traducción del pasaje de *Les memorables aventures d'en Roc Gentil*, de J. M. Folch i Torres (cap. 3.º), es de la autora, así como las de los pasajes en inglés que aparecen en el capítulo 5.º, excepto la número dos, de Jordi Fibla, y la número cinco, de Juan G. de Luaces.

—En la página 303 he incorporado al texto de la novela una frase del cuento de Clarín *El dúo de la tos*.

—La cita que aparece en las páginas 314-315 es del capítulo octavo de la novela *Possession*, de A. S. Byatt. La traducción de la misma que aparece a pie de página es de María Luisa Balseiro.

—Los versos que aparecen en la página 319 pertenecen al poema *Last Word*, de John Pudney.

—Los topónimos y nombres de organismos aparecen escritos tal como existían en cada momento en el entorno y los cerebros de los personajes: de ahí San Cugat en vez de *Sant Cugat*, o calle Mayor de Gracia en vez de *carrer Gran de Gràcia*.

CAPÍTULO I

La búsqueda

La niña iba de la cuna grande con barrotes a la cocinita de juguete. Luego caminaba otra vez hasta la cuna y de ahí volvía a la cocina, que abultaba poco más o menos como ella, aunque era más ancha y menos alta. Transportaba unos platos que tenían el mismo color y eran el triple de grandes que las monedas de diez céntimos de la época. Tenía un cabello castaño claro que formaba una aureola de bucles alrededor de su cabeza, llevaba puesta una bata de manga larga a cuadros blancos y azules que le cubría las rodillas, y jugaba con una concentración a la vez intensa y tranquila, como suelen los niños. Cuando llegaba a la cuna, pasaba las manos por entre los barrotes pintados de blanco y colocaba dos platos más delante de un muñeco sin brazos al que poco antes había sentado encima de la sábana. El pequeño ídolo deforme tenía ya una hilera de seis redondeles delante de las piernas de goma rosa,

y sus ojos acristalados miraban al frente con blanda indiferencia. Por el ventanal envidriado entraba un sol desvaído.

La puerta del cuarto se abrió de pronto y la niña volvió la cabeza hacia el brusco chasquido con una expresión interrogante en los ojos. Entró una muchacha de unos dieciocho años, de cabello y cejas negras como el azabache, rasgos faciales regulares, mejillas llenas y coloradas, y expresión seria, casi adusta. Acarreaba en la mano derecha un cubo de aluminio lleno de agua y, como el peso hacía que su cuerpo ya del todo desarrollado se tambalease al andar, extendía el otro brazo buscando el equilibrio.

—Súbeteay, que viafregar —dijo, señalando con la cabeza una butaca enfundada, colocada de espaldas al ventanal.

La niña obedeció. Cogió un tebeo de encima de la butaca y acto seguido trepó a ella. Una vez apoyada en el respaldo, los pies de la pequeña, embutidos en unas zapatillas de franela marrón, quedaron al mismo nivel en que terminaba el asiento.

—¡Tata, mira! —le dijo de pronto a la recién llegada, iluminándosele la cara con una sonrisa y señalando un dibujo del tebeo.

La así interpelada había abierto una de las hojas del armario de madera tallada que ocupaba casi toda una pared. Un espejo de cuerpo entero revestía la hoja por el interior. La chica se miró la cara con expresión solemne, se retocó unos mechones rebeldes, se humedeció las yemas de los índices con saliva y, acercándose más al espejo, se las pasó por encima de las cejas. La niña, con la cabeza vuelta hacia el armario, seguía atentamente estos ademanes. Pero como la muchacha volviera a quedarse inmóvil frente al espejo, contemplándose ahora con muda adoración, la criatura, aburrida o incómoda, bajó la mirada al tebeo. La levantó casi en seguida, al entrar una segunda sirvienta en el cuarto. Esta era más gruesa; tenía una cara infantil pero abotargada y unos ojillos pequeños que asomaban por entre los pliegues de carne. La morena del espejo le preguntó:

—¿Qué, t'a llamao o qué?

La otra meneó la cabeza.

—¿Quién era pues? —quiso saber la morena, que hablaba con un marcado deje aragonés.

—Se equivocaban —contestó con voz lánguida y gangosa la recién llegada, al tiempo que se senta-

ba en uno de los brazos de la butaca. Su mole quedó entre la niña y el armario abierto.

—No veo —pipió la voz de la niña.

—Anda que si no te vuelve a llamar...

—Quita... —dijo la niña, en son de protesta.

—Si se enfadó, no es por mi culpa... Si le pica, que se rasque... —salmodió la muchacha, cuya voz nasal y forma idiosincrática de arrastrar las sílabas no ocultaban del todo un ligero acento regional, quizá extremeño o murciano—. Yo solo le dije que su prima no valía un pimiento, cuando me enseñó la foto...

La niña se adelantó en la butaca y asomó la cabeza, como para seguir la conversación.

—Chiqueta, no sé... Pero si no te llama, ¿qué harás el jueves? Conmigo y con el Simeón pues venir, claro, pero menudo plan... Menudo plan pa nosotros y menudo plan pa ti. Más te valdría hacer las paces, me parece a mí, vamos...

—Me quedaré aquí... —contestó inexpresiva la otra chica—. Dormiré toda la tarde... Haré una siesta bien descansada... —Gangueaba de manera que apenas se la entendía—. Me quedaré... sola con mi culo. —Y aquí la gorda estalló en una carcajada.

—¡Marrana, más que marrana! ¡Qué cosas de decir! ¡Y delanteé la cría! —exclamó la morena, al tiempo que se descalzaba un pie y, entre gritos y risas ahogadas, asestaba golpes a la otra con la alpargata. La parte correspondiente al talón estaba, ya grisácea, aplastada en el interior. La más joven, esquivando los golpes, cayó encima de la niña, que de inmediato aportó un agudo chillido a la jarana de las dos criadas. La gorda se incorporó y la niña aprovechó para saltar de la butaca.

—¡Guarra, asquerosa! —exclamaba la morena, que con un brazo agitaba la alpargata y con el otro apartaba el brazo con el que su compañera se protegía la cara.

—¡Pues lo dijo la negra de la plaza, pa que te enteres! —protestó a gritos la otra.

—¿La negra de la placeta? —preguntó la morena súbitamente interesada, abriendo mucho los ojos y dejando suspendido en el aire el brazo que blandía la alpargata. Entonces echó la cabeza hacia atrás, lanzó un largo grito agudo que luego se transformó en los cloqueos de una carcajada y, cuando esta remitió,

—A ver, cuéntamelo —dijo, algo apaciguada pero imperativa. Y propinándole a la otra unos zapa-

tazos juguetones en la cadera, preguntó—: ¿Qué dijo la negra? ¿Y cuándo has bajao tú sola a la placeta, pa oírsele decir? ¡Cuenta!

—Tú para de arrearme, y luego ya veremos si te lo cuento o si no.

La niña, contagiada de la animación general, miraba resueltamente hacia arriba y tiraba del delantal a la muchacha aragonesa.

—Tata, ¿esto qué es?

La morena, secándose las lágrimas con el delantal, miró hacia abajo. La niña señalaba un signo serpenteante que le era desconocido.

—¿Qué es el qué? A ver, trae... Una ese.

—Su... pone su —concluyó la niña.

—¡Uuuuuuu! —exclamó la chica de voz gango-sa, que, todavía sofocada, se había arrellanado en la butaca—. ¿Sabes que pronto viene el Carnaval? ¿Lo sabes, que te vamos a disfrazar?

—¿Qué es? —preguntó cautelosa la niña.

—Te pondremos el uniforme de la tata, el que se pone cuando vienen invitados. Te lo acortaremos con alfileres, no vayas a tropezar y a pegarte un hostión. El vestido de seda negro, el delantal blanco, muy almidonado, y la cofia. Y los guan-

tes también. Todo, todo te lo pondremos. Estarás guapa... ¿A que sí que estará guapa? —preguntó la muchacha, dirigiéndose ahora a su compañera.

La niña miró dubitativa a la criada. Luego se volvió hacia la morena a la que llamaba tata.

—¿Y esto de aquí? —preguntó, señalando de nuevo la página del tebeo.

—Una pe.

—¡Pe de pu...! —apostilló la gorda.

—Milagros, para ya, chiqueta... —dijo la chica morena, con tono enérgico y actitud súbitamente estirada.

—¿Y estas dos cosas iguales, qué son?

—Ay, qué cría... —dijo la interpelada con un suspiro. Recogió una bayeta del suelo, levantó el cubo lleno de agua y los llevó al extremo de la habitación más alejado de la puerta. La niña la siguió agarrada a su delantal—. ¿Ya no te gustan los dibujos o qué? Antes te distraías la mar mirándolos. Horas y horas te estabas... Las letras ya te las enseñarán cuando vayas al colegio. Pa qué tienes tanta prisa...

—Vaaa... —gimoteó la chiquilla, tirando del delantal.

—Mecachis la mar salada... Trae. Erre, y otra erre..., dos erres son eso. Y suelta, que está toa la faena por hacer. Súbeteay, que viafregar.

En ese momento, desde el fondo del pasillo les llegó el repiqueteo metálico del teléfono. Las dos jóvenes se miraron al tiempo que ahogaban un grito, y la sureña saltó de la butaca con un ímpetu que hizo retemblar sus carnes. Entonces, agarrando ya la una, ya la otra, el brazo o el hombro de la compañera para darse impulso o para tomar la delantera, emprendieron una carrera por el pasillo en dirección al recibidor, donde una puerta daba acceso al despacho de una de cuyas paredes colgaba el negro artefacto. La niña correteó tras ellas, pero al encontrar la puerta cerrada, y como solo se oyese tras ella una voz apagada, volvió al cuarto de jugar.

El cerebro de una criatura de tres años es como un ogro hambriento: pide comida, en abundancia, a menudo. La niña trepó a la butaca, cruzó las piernecitas a lo indio y cogió el tebeo. Sus ojos cayeron sobre una apetecible historieta con dibujos. La primera palabra de la viñeta era un misterio. No era caballo pero se parecía mucho; empezaba igual; luego decía ero. En la viñeta aparecía un perro, pero no ha-

bía ningún caballo. Para asegurarse, la niña recorrió con la mirada la historieta de principio a fin. No, no había ningún caballo pintado. ¿Ero era perro? El misterio era insoluble y su mente lo dejó a un lado. Su-pe-rro —sí, ahí estaban las dos erres de perro— es-ta-mo... —y aquí había una letra que tenía un punto, como la i, pero que no era igual que la i, solo parecida—. Es-tá-mo-ian-do-las... lo-res —la niña miró el dibujo y vio un macizo de flores—, las-flo-res-de-mi... —y otra vez la letra del punto— iardín. ¡Jardín! ¡Las flores de mi jardín! Y, en efecto, un señor con sombrero de paja y delantal miraba muy serio a un señor gordo, que estaba paseando a un perro que se había puesto a hacer pipí. Primero decía la palabra rara del caballo, y luego, su perro está mojando las flores de mi jardín.

La niña oyó abrirse la puerta del despacho y luego las voces recias y animadas de las criadas. Las oyó entrar en su cuarto y dejar la puerta abierta. Pero se quedó donde estaba porque quería saber lo que el señor gordo le contestaba al del sombrero de paja.

Tras los visillos blancos de la ventana, el día se adivinaba nublado. La niña llevaba puesta la misma

bata y trajinaba ahora delante de la cocina, jugando con tranquila determinación. Con la mano izquierda se sujetaba una pepona contra el costado; con la derecha cambiaba de hornillo un potecito marrón. La puerta del cuarto se abrió y en el umbral apareció sonriente la tata junto a una anciana menuda, toda vestida de negro y con el pelo completamente blanco recogido en un moño. Aunque tenía la cara surcada de hondas arrugas, la vieja se mantenía enhiesta.

—¡Muy buenas tardes! —exclamó animadamente la vieja—. Miala, miala, qué maja está... ¿Qué se dice?

—Saluda a la Engracia —dijo su acompañante, que llevaba ahora una bata y un delantal blancos y limpios.

—Ven aquí a darle un beso a la Engracia —instó la vieja.

Pero la niña corrió al rincón más alejado de la puerta, se apoyó en la pared, se arrastró por ella hasta quedar sentada en el suelo, con las piernas encogidas y las rodillas al aire, y se tapó los ojos con las manos, apretándoselos con fuerza.

—La muy marrana... —dijo la tata sin perder el

buen talante—. No la haga caso, Engracia, que últimamente está muy tonta y muy rara.

Ahora una tercera figura se unió a las dos que estaban en el umbral de la puerta. Era una mujer calzada con zapatillas topolino, lo cual la hacía parecer más alta que las otras. Tenía los labios pintados de carmín; el cabello, arrubiado y peinado hacia atrás, formaba ondas a ambos lados de su cabeza. Llevaba unas gafas de montura achinada y vestía un conjunto de punto de color tabaco y una rebeca gris perla. La anciana y ella se saludaron; la primera preguntó por «el señorito» y la segunda por la sobrina recién casada con quien aquella vivía. Entonces la mujer echó una ojeada al interior de la habitación.

—Tú, ¿qué haces en el suelo? —exclamó con una sorpresa levemente teatral, al ver a la niña acurrucada en un rincón—. ¿Que no ves que te vas a ensuciar? —Habla con un fuerte acento catalán.

La muchacha morena, entrando en el cuarto, dijo:

—Levántate ya, que te vas a poner perdida.

La chiquilla se agarró a la mano de la tata, se levantó del suelo y se dejó conducir a las proximidades de la pequeña cocina.

—La niña, que no le quiere dar un beso a la Engracia —explicó la chica uniformada a su señora. Y soltando de la suya la mano de la criatura, puso en esta el mango de la cacerola de juguete.

—Con lo que yo la quiero a esta niña, madre de Dios... —dijo la anciana, volviéndose hacia la mujer más alta; parecía un poco compungida por el incidente; su voz, siempre firme y monocorde, había adoptado un ligero trémolo—. Si yo, como quien dice, la he visto nacer... Se puede decir que a esta niña la he visto nacer. Fíjese lo que la quiero, señorita, —continuó, recobrando su tono habitual y con la naturalidad de quien recita una profesión de lealtad a menudo reiterada— que si se diese el caso o pasase una desgracia, Dios no lo quiera, pero si pasase una desgracia y fuese menester, me dejaría matar por esta niña, ya me puede creer, me dejaría matar.

De la cocina, que estaba al otro lado del pasillo y separada de él por el cuarto de plancha, llegaba el estrépito producido por alguien que secaba una vajilla y la colocaba en su sitio.

—No haga caso, Engracia... ¿Que no lo sabe que últimamente cuando llaman a la puerta le cogen

unos lloros... ¡unos lloros!... que parece que le falte...? —Y la mujer se llevó la mano derecha a la sien.

—¡Cuenta...! ¡Cuenta...! —repetía la vieja, usando la muletilla con la que expresaba asombro y paseando su mirada, una y otra vez, de la niña a la señora y de la señora a la niña—. Miala, miala cómo juega —continuó divertida, y como hablando para sí—. Virgen santa, y cuántos juguetes tiene...

—La cocinica esa es casi más grande que ella —dijo alegremente la muchacha morena, cruzándose de brazos y apoyándose en la pared. Ya se había reunido con las otras dos mujeres, que seguían en el umbral de la puerta.

—Es pa hacerle la comida a la muñeca —dijo de pronto la niña, levantando la vista de la cocina y blandiendo el minúsculo pote.

—Miala, qué espabilada es... Pa hacerle la comida a la muñeca, dice... —y la vieja rió, mostrando una dentadura de piezas tan regulares como fichas de dominó—. Virgen santisma... —continuó—, si nosotras hubiésemos tenido ni la cuarta parte de lo que tiene ella, ¿verdad, señorita?

La mujer de cabello ondulado expresó su asentimiento poniendo los ojos en blanco y exclamando: ¡Uff!

—A los nueve años ya estaba yo trabajando en el campo —rememoró la vieja, súbitamente seria—. Nueve años tenía cuando me pusieron a trabajar. Y a las seis de la mañana nos íbamos —la vieja pronunciaba esta palabra como si fuese llana— con una sopa de pan en el cuerpo. Que me acuerdo que en invierno nos la tomábamos... ¡buenooo!... hirviendo nos la tomábamos, pa que nos durase más el calor. A esta niña nunca le faltará nada. Siempre tendrá lo que necesite, y más. Y más y todo, tendrá.

Y dirigiéndose ahora a la niña, continuó en el mismo tono:

—No has de llorar, que Dios te castigará. Bien agradecida has de estar al papá y a la mamá, por todo lo que te dan y por todo lo que tienes.

La niña levantó la vista al grupo de tres mujeres. Bajo los arcos castaño oscuro de las cejas, sus ojos glaucos tenían una expresión entre perpleja y triste.

—No se dan cuenta, a esta edad... —dijo la mujer rubia, mirando a la anciana. A diferencia de las otras dos mujeres, que se expresaban con jovial se-

guridad, ella dejaba a menudo las frases inacabadas o se expresaba con gestos.

—No, pobreta. Son inocentes a esta edad, claro que sí. Hala, juega, juega ahora que puedes..., que demasiao pronto viene la vida a darnos más palos que cornás da el hambre. ¡Bueno! —exclamó entonces la anciana—, habrá que ponerse a trabajar, digo yo... ¿Me tiene la faena preparada, señorita?

—Ahora se lo enseño, ahora se lo enseño todo... ¿Se acuerda de aquellas cortinas del cuarto de coser..., las que pongo en verano, las de flores? Es que he pensado que si las acortamos cuatro palmos...

La expresión de la mujer y el tono de su voz, súbitamente animados, hicieron que la niña la mirase con embeleso mientras daba las instrucciones a la anciana.

—... y también hay calcetines del señor para zurcir. Dos pares... o tres... ya no me acuerdo. Bueno, es igual... Todo se lo he puesto en el canasto.

—Pues hala, vamos, me voy a mi rincón.

—Yo también, que he de limpiar la plata —dijo la muchacha. Y dirigiéndose a la niña, añadió—: Te dejamos la puerta así, mira, sin cerrar del todo,

y así cuando quieras agua, nos la vienes a pedir a la cocina.

—Mamá... —dijo la criatura, adelantándose hacia ella con una expresión que parecía pedir algo.

—¡No, nena, de aquí no salgas, que luego te costipas...! —Y volviéndose a las otras, explicó—: Aquí tiene más calefacción y no hay corrientes de aire.

—¡No encuentro las llaves!

—¿Las llaves? Pero, señorita, no estaban puestas en la cerradura?

—¿En la cerradura? —preguntó la interpelada—. ¿En cuál?

—¿En cuál? ¡Pues en la de la puerta, en la puerta de entrada!

La mujer hizo chistar la lengua contra el paladar y sacudió la cabeza con un gesto de impaciencia.

—¡Esta mañana!... Esta mañana sí que estaban allí... ¡Pero ahora... ! He de abrir el canterano y no las encuentro en ningún sitio. Ay, Dios mío...

Nerviosa y agitada, iba de una habitación a otra. Su vista se posaba un momento en los estantes acristalados del cuarto de baño donde se apiñaban los útiles de aseo, en la mesa camilla del cuarto